

Es importante señalar que por sus trabajos Samuel Villela se coloca entre los pocos estudiosos que se adentran en la historia regional de la fotografía mexicana; pero también es de los pocos que elabora una mirada de género. Resulta indispensable conocer a esta invaluable mujer guerrerense, por su origen y por su actitud ante la vida, que incluyó a su hermana Dorotea como asistente en su labor cotidiana y a su hermano Joaquín como acompañante para cargar su equipo en las diversas batallas visuales. Asimismo, la decisión de permanecer sola, de no formar una familia, también nos narra una historia de vida que enriquece la concepción que se tiene de nuestras mujeres, de esa otra mitad del cielo que pocos, muy pocos investigadores —así en masculino— se han atrevido en rescatar.

La metodología que utiliza Samuel Villela muestra que no hay una fórmula escrita para el estu-

dio de los acervos o archivo gráficos. Su ojo fino, firme y decidido lo ha llevado a encontrar diversos materiales de este personaje femenino inusual, ayudando a la recuperación de nuestra historia *matria*, como la llama el mismo Villela, al retomar el concepto de Luis González y González. Con este libro, el incansable e irredento investigador Samuel Villela da muestra —desde la perspectiva regional y de género— de un doble aliento para continuar en este camino de polvo y plata que es el de la fotografía mexicana, y al cual estamos seguros que seguirá aportando enormes frutos. Su capacidad y tesón al abordar estos temas lo han llevado a un lugar privilegiado, ya que asume con gusto su interés por el rescate de la historia gráfica; además, por supuesto, muestra empatía por los personajes que hacen de la fotohistoria un trabajo ejemplar. No me cabe la

menor duda... estamos en la antesala de lo que puede ser y serán los estudios profundos que aportan nuevas direcciones de investigación. Enhorabuena.

De los 5 000 mil libros que se jacta el gobierno de haber editado por el centenario de la Revolución, me parece que hay ocho o nueve que me atrevo a recomendar, los de: John Mraz, Ariel Arnal, Alberto del Castillo, Laura González, Miguel Ángel Berumen, Ignacio Gutiérrez, Daniel Escorza, y éste. Algunos de ellos se editaron bajo el sello del INAH, que cuenta con sus propios investigadores. Los trabajos antes mencionados son los que, a mi parecer, contienen el sello de la buena factura, la seriedad, la inteligencia que dicta la experiencia y tenacidad de un profesional que analiza las imágenes. El libro de Samuel Villela es por ahora una joya revolucionaria gráfica y de género que debe apreciarse.

Del comercio exterior mexicano

Luz María Uhthoff

Isabel Avella Alaminos, *De oportunidades y retos. Los engranajes del comercio exterior de México, 1920-1947*, México, El Colegio de México, 2010.

En esta época de globalización es común hablar de la importancia que adquiere el comercio exterior

en los diferentes países del mundo. En el caso de México, los especialistas han resaltado la relevancia de esta actividad en dos etapas de nuestro desarrollo capitalista; la primera, de 1870 a 1930, se caracteriza por un modelo de crecimiento hacia afuera, en donde tiene lugar un gran desarrollo del sector exportador, que es el sector más dinámico de la economía en esos años. En

la segunda, periodo llamado del capitalismo neoliberal y que abarca desde la década de 1980 hasta nuestros días, se lleva a cabo un apertura comercial, que deja atrás el mercado proteccionismo característico de los años anteriores. Muchos y diversos son los trabajos que se han realizado sobre estas dos etapas; de las investigaciones recientes con enfoque histórico desta-

ca las de Sandra Kuntz, quien examina el comercio exterior en la era del capitalismo liberal, de 1870 a 1930. Su trabajo cuestiona una historiografía tradicional que tiende a ver al comercio exterior como un enclave con pocos enlaces hacia adentro; pero por el contrario, esta autora enfatiza la importante vinculación de la actividad con otras ramas de la economía interna.

En los años recientes predominan los estudios de corte económico, debatiéndose en ellos las bondades o los perjuicios que han ocasionado la abrupta apertura comercial y la desregulación de la economía. Este énfasis en las investigaciones en torno a estos dos fenómenos ha limitado la posibilidad de tener una visión de conjunto del comercio exterior, por lo que un estudio de larga duración nos permitiría comprender los cambios y continuidades de esta actividad, así como lograr una perspectiva más amplia de sus diferentes formas de articulación con la economía nacional. Por ello es de celebrarse la aparición del libro de Isabel Avella, pues viene a llenar un vacío en la historiografía económica al examinar el comercio exterior en una etapa en la que tradicionalmente se veía a esta actividad como poco relevante, debido a la importancia que adquirió el desarrollo interno, el predominio del proteccionismo comercial y la sustitución de importaciones.

La obra de Avella ayuda a comprender que si bien durante esos años se transita a una economía nacional basada en el crecimiento del mercado interno, el comercio exterior no deja de ser importante. En forma detallada, la autora

examina la dinámica de esta actividad, observando sus diferentes variables y condicionantes, tomando en cuenta tanto los factores internos como externos que influyen en su desempeño, y principalmente analizando el contexto de la crisis de 1929 y la Segunda Guerra Mundial. También analiza por igual el comportamiento de las exportaciones y las importaciones, pues suele suceder que cuando se aborda el estudio del comercio exterior sólo se destaque a las primeras. Asimismo, la lectura deja en claro la articulación de esta actividad con otros rubros de la economía (como la industria y los ingresos federales) y, en general, subraya su aporte al PIB. Con ello se constata que a pesar del dominio del capital extranjero en algunas de las actividades exportadoras, existió una tasa de ganancia para el crecimiento económico de esos años. Al respecto, la autora nos dice que desde la década de 1930 existió “la idea de utilizar al comercio exterior para impulsar el desarrollo de la economía nacional, en concreto, la industrialización tomó cuerpo, y comenzó a trabajarse entonces la integración de la dinámica de las importaciones con las exportaciones” (pp. 397-398).

En este tipo de investigación el acopio, la crítica y el análisis de las fuentes cuantitativas es una labor fundamental, pues para el diagnóstico del comportamiento del comercio exterior es crucial contar con registros económicos completos y sistemáticos. No está por demás recordar que en los años que siguieron a la Revolución, las estadísticas económicas nacionales suelen adolecer de estos re-

querimientos, por ello la autora contrastó las fuentes oficiales disponibles con las de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, principales socios comerciales; además consultó diversos archivos como el de Relaciones Exteriores.

La obra inicia con un examen general de la composición de las importaciones y exportaciones durante este periodo. La autora examina las diferentes tendencias que siguen ambas actividades (por ejemplo, en la p. 70 afirma que poco a poco se importan menos productos terminados y una mayor cantidad de bienes de inversión y materias industriales). Su estudio nos revela cómo la sustitución de importaciones fue un proceso que tuvo lugar en forma paulatina y cuyos antecedentes arrancan en el Porfiriato y se prolongan hasta la década de 1950. En el caso de las exportaciones la autora muestra el comportamiento diferenciado de las materias minerales y los vegetales.

Enseguida, Avella estudia los diferentes organismos, públicos y privados, que intervienen en la definición del comercio exterior de esos años. Respecto de las instituciones públicas, es importante destacar que su desarrollo tiene lugar en una etapa en la que el Estado inicia una creciente intervención en la economía, por lo que no escapa a su interés regulatorio el comercio exterior. De modo que el Estado desarrolla mecanismos financieros, monetarios y fiscales, así como una serie de cambios administrativos tendientes a aumentar las formas de control, la participación y la promoción del comercio exterior.

La autora realiza un seguimiento de los cambios institucionales ligados a esta actividad; de su estudio llama la atención cómo las secretarías de Relaciones Exteriores, de Economía Nacional (SEN) y de Hacienda y Crédito Público ampliaron y diversificaron sus funciones, creando nuevas dependencias diseñadas específicamente para atender la política comercial. La actividad e interacción de estas diversas dependencias refleja la importancia y complejidad que representó el comercio exterior en esos años, pues no debe olvidarse que su dinámica se vio marcada por la crisis de 1929 y la Segunda Guerra Mundial. Por lo que muchas veces los cambios en esta política fueron consecuencia reactiva de los efectos internacionales, aunque también tuvieron el propósito de articular la actividad comercial con las necesidades de la economía nacional. Prueba de ello fue la labor desempeñada por la SEN, pues además de crear nuevas dependencias y modificar su estructura interna, estableció varios organismos intersecretariales que sirvieron al propósito de priorizar las necesidades de abasto del mercado interno.

Pero, a pesar de los cambios institucionales, como lo señala la autora, los resultados no siempre fueron los esperados, debido muchas veces a la falta de coordinación y a la duplicidad de las funciones entre estas dependencias. En cuanto a los mecanismos financieros, monetarios y fiscales desarrollados por el Estado posrevolucionario para controlar el comercio exterior, la política arancelaria jugó un papel muy importante, ya que de alguna manera

redefine la composición de las importaciones y exportaciones, pero sobre todo de las primeras, al favorecer ciertos artículos y hacer prohibitivos otros. En la aplicación de esta política comercial, Avella observa que en los años que siguieron a la Revolución predominó el interés recaudatorio, por encima de una política de promoción modernizadora iniciada en la década de 1890. Y no sería sino hasta después de la crisis de 1929, y propiamente en la década de 1930, cuando se afirma una política proteccionista y el comercio exterior se utiliza para estimular el desarrollo de la economía nacional, lo cual se tradujo en la industrialización, principal panacea de esos años. Así, para Avella: “México pasó de ejercer una política de comercio exterior en esencia reactiva a desplegar políticas activas para lograr metas de mediano alcance, en especial en lo tocante al proteccionismo” (p. 266).

Si bien los organismos gubernamentales tuvieron un papel importante en el desarrollo del comercio exterior, la investigación de Avella no se agota en este análisis, ya que también nos brinda un panorama de las diferentes instancias privadas que participaron en esta actividad. Asimismo, la autora nos ofrece un análisis de las fuentes del financiamiento del comercio exterior, tanto público como privado, que permiten comprender los obstáculos y los apoyos con los que contó esta actividad. También comenta en general las limitaciones financieras que padeció dicho comercio, sobre todo durante los primeros años del periodo después del colapso bancario de la Revolución. Mientras se fortalecía

la nueva estructura financiera del Estado posrevolucionario —con Nafinsa y Bancomext— los prestamistas particulares tuvieron un papel destacado, especialmente los propios importadores y exportadores estadounidenses, pues debido a las debilidades del sistema financiero gubernamental, los particulares no dejaron de tener importancia.

Así, esta obra cubre un vacío importante en la historiografía económica y se convierte en un enlace entre los trabajos propiamente históricos del periodo anterior referido al Porfiriato, y los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial estudiados principalmente por los economistas. Además, esta investigación abre nuevas interrogantes y líneas a seguir. Una de ellas es examinar los cambios y continuidades del comercio exterior antes y después del periodo estudiado, así como las diferentes formas en que esta actividad se insertó en la economía nacional, y en qué medida los factores externos —sobre todo las crisis económicas— han impactado a este comercio y cómo los instrumentos desarrollados por el Estado han manejado los vaivenes del mercado internacional. También, sería interesante incorporar otras variables para estudiar la aplicación de la política comercial (como los impuestos interiores), pues si bien ha existido una secular dependencia estatal de los ingresos federales respecto del comercio exterior, sobre todo en cuanto a las importaciones, en general desde finales del siglo XIX, con algunas variantes, se registra una tendencia a la baja en estos impuestos, y en contraparte un crecimiento de los

impuestos interiores. Es sabido que en la medida que el Estado diversifica sus fuentes de ingresos, su dependencia respecto de esta actividad disminuye.

Para la década de 1890, cuando los impuestos interiores del timbre aumentaron, fue posible llevar a cabo una política comercial favorable a las manufacturas, liberalizando insumos y bienes para la industria y protegiendo la producción interna. Por lo que para el

periodo comprendido en esta obra, sería conveniente analizar cómo el aumento de los nuevos gravámenes interiores —sobre todo el impuesto sobre la renta y a las industrias— coadyuvaron a implementar la política de proteccionismo industrial y la sustitución de importaciones. Ciertamente, en la medida en que la economía nacional creció, y más la actividad interna, la hacienda federal se hizo más grande y menos de-

pendiente del comercio exterior, lo cual sin duda ocurrió sobre todo en los últimos años del periodo estudiado. Otra variable por analizar sería la política comercial de nuestro principal socio comercial (Estados Unidos), porque así como el Arancel Mackinley de 1891 tuvo repercusiones en las exportaciones mexicanas hacia ese país, cabe examinar los efectos de las políticas proteccionistas estadounidenses de la década de 1930.

Problemática de la escritura-reescritura de la historia en la obra *Yo, el francés*

Solène Garotin

Jean Meyer, *Yo, el francés. Biografías y crónicas. La Intervención francesa en primera persona*, México, Tusquets, 2002.

Usted el francés, ¿será cierto que prefiere a las lectoras? Yo lectora nunca tiré su libro, siempre estaba a mi lado en mis viajes a México y a Vincennes; lo leí por etapas hasta llegar al “FIN”. Hace más de un año se me dio la oportunidad de sacar mis “propias conclusiones”, pero todavía no estaba lista como para ponerme a escribir... cuando este verano dentro de mis investigaciones sobre los soldados de la Intervención que se asentaron en México me topé con

la tumba del oficial Marilhat, 7° de línea en el Panteón de Orizaba: murió el 5 de febrero 1867. ¿Usted acaso lo conoció?

El periodo al que se refiere esencialmente el libro de Jean Meyer es la intervención francesa en México (1862-1867). Si los elementos históricos participan de la creación meyeriana, la atmósfera creada por el historiador y las continuas interrogaciones tienen más valor. El discurso histórico de Jean Meyer se caracteriza por la voluntad de renovación formal y un reanudado interés por la historia; por ende, representa un hito en la manera de pensar y hacer historia. El libro resulta polémico ya que remite a los conceptos de historia, novela, estatus y pa-

pel del historiador. Puede suscitar debates teóricos y por eso se encuentran opiniones muy diversas respecto del libro, pero nunca deja indiferente al lector. El historiador plantea la problemática del discurso crítico, teórico o literario sobre la historia: ¿cómo escribir la historia? A lo largo del texto el autor nos proporciona observaciones personales y reflexiones sobre la escritura de la historia. La construcción histórica no sale de la nada; un historiador no existe independientemente de sus predecesores y modelos, pues pertenece a una tradición: “No dirás los nombres de los que no consideras como tus padrinos, pero puedes decir que los tuyos se llaman Herodoto y Aristóteles, Max Weber y Paul